

EL RENAI.

de Ing. Vicente

PERIODICO POLITICO Y MERCANTIL.

REAL Y MEDIO.

Campeche, miércoles 1.º de noviembre de 1848.

NUMERO 1.

INTRODUCCION.

Non fumum exfulgore, sed ex fumo dare lucem.

Horat.

Entre los grandísimos males que hoy afligen al país y le llevan a su total inanición, no es ciertamente el menor esa especie de apática indiferencia con que vemos desmoronarse el edificio social, sin que se alze una sola voz, un grito de queja, una protesta que mueva los corazones, despierte las ideas, excite nuestro amortiguado patriotismo, y reviva aquel antiguo y noble orgullo que nos hizo ver allá en sueños tantas esperanzas quiméricas, tantos fantasmas vanos que se han desvanecido al soplo enponzoñado de las pasiones. Y decimoslo así, porque no podemos percibir ese grito, ni esas vagas declaraciones, en la ágría y sarcástica censura de mal examinados hechos, ni en el ciego espíritu de contradecir, sin prevision ni cálculo, todo cuanto no lisongea nuestros errores o debilidades, nuestros intereses directos o indirectos. Mala senda, por cierto, para llegar a un buen fin sin extraviarse.

Lejos estamos de pretender que

nuestra sola voz haga desaparecer los obstáculos, que una imprevista serie de sucesos ha amontonado en medio de nuestra carrera; y mas lejos todavía de arrogarnos un dogmatismo absurdo que solo serviría para ridiculizar tan presuntuosa idea. Ciertamente que si nuestros medios correspondieran al vivísimo deseo que nos anima, no habría mas que pedir: la obra estaría realizada. Pero no siendo este el caso, debemos apelar, como apelamos, al buen sentido de nuestros compatriotas, a fin de que consultando el verdadero interés público y echando una rápida ojeada sobre el melancólico espectáculo que nos rodea, vengan con sus luces en auxilio del país, a discutir de buena fe, sin amargura de sentimientos ni aspereza de lenguaje, la gran cuestión de su existencia social. Oh, cuán sombrías son las reflexiones que nos asaltan contemplando el triste cuadro que hoy presenta Yucatan, teatro de tanta ruina y desolación!

¿Cuya es, podríamos preguntar, esta exquisita obra de miseria y envilecimiento? Cuestión grave, que si algun solitario filósofo ha contemplado en su gabinete en medio de sus largas horas de vigilia, habrá hallado embrollados

sus caprichos y especulaciones para resolverla! Sin embargo, es de tal manera importante y lleva consigo envuelto tal número de otras no menos graves cuestiones, que es imposible ya prescindir de su examen, si aun no se ha perdido de todo punto la esperanza de revivir, saliendo de nuestro abyecto estado. No es otro el tema que nos hemos propuesto al realizar la publicación de este periódico, ni tiene otra tendencia la formal apelación que hacemos a la cordura y sensatez de los yucatecos bien intencionados. Deseamos, por lo mismo, que se examine imparcialmente esa cuestión para que, esclarecido el origen del mal, se busque y aplique el pronto y eficaz remedio.

En efecto, concebimos muy bien que la obra es difícil y atrevida; pero si no damos a ella principio, ¿cómo podremos verla consumada, o al menos en camino de serlo? ¿Consentiríamos en que radicándose mas y mas unos males que ya son orgánicos, produjesen al fin un rápido marasmo contra el cual no hubiese un remedio posible? ¿Tendríamos ánimo para ver desmoronarse, sin esperanza alguna, el pequeño y debilitado edificio de nuestra sociedad? Si tal sucediese, si la apatía é in-

diferencia de nuestros compatriotas llegase a ese punto, todo estaría perdido: aquel sería el peor y mas peligroso de los síntomas. El enfermo moriría sin remedio. El edificio vendría a plomo. Yucatan se convertiría en una pira... y entonces ¡ojalá se consumiesen en ella, sin dejar un solo recuerdo, nuestra vergüenza y humillación!!

Sufriendo todo linaje de privaciones y peligros, el benemérito ejército yucateco, es decir, un pueblo pacífico y mal armado, hace esfuerzos gloriosos contra el bárbaro impio y salvaje que ha destruido nuestra riqueza territorial, demolido los monumentos de tres siglos de civilización, asesinado cobardemente a nuestros ofensivos hermanos y profanado lo mas santo y respetable. ¡Honor y prez a tan sufridos como valerosos ciudadanos! Mas ¿de qué servirían esos esfuerzos y tanta sangre ofrecida en el altar de la patria, si el egoísmo de unos, la apática indiferencia de otros, la avaricia de alguna clase, las raquíticas pretensiones de los partidos que quieran denominarse políticos, y las preocupaciones consiguientes, viniesen a hacer infructuosos tamaños sacrificios? ¿Qué habríamos conseguido, si después

LA HIJA DEL JUDIO.

POR DSE TURRISA.

PRIMERA PARTE.

CAP. I.

Aquellos de mis lectores que, como yo, conocen detalladamente la ciudad de Mérida, recordarán sin duda el aspecto fúnebre y ruinoso de cierta casa, que allá en tiempos remotos perteneció a una familia ilustre. Acompañenme hasta el ángulo N. O. de la plaza mayor, avancen una, dos cuadras hacia el Norte, y deténganse al terminar esta dirección. En la esquina occidental de esta segunda cuadra existen las ruinas de la casa referida. ¿No es verdad que su apariencia es melancólica, y mas cuando se reflexiona en el contraste que presentan unas ruinas en medio de un pueblo animado? ¿No es verdad, que ese montón de escombros en el corazón mismo de una bella capital es en alguna manera repugnante? Pues bien; ese contraste no puede menos de influir poderosamente en el ánimo del espectador, y mas todavía si quiere tomarse la molestia de entrar conmigo en los pormenores de la presente historia, estrechamente ligada con las ruinas que está contemplando.

A mediados del siglo XVII, en lugar de esos desplomados techos y deruidas paredes, había una casa, sino

de espléndida, a lo menos de muy decente apariencia. Pertenecía entonces al eminente caballero D. Alonso de la Cerda, sujeto generalmente honrado y respetado en toda la provincia por indios y españoles, así por sus cualidades privadas, como por sus virtudes públicas. Dos veces había sido D. Alonso Justicia Mayor de Yucatan, y en ambas había mostrado tal rectitud y tanta pureza, que llegaron a ser proverbiales en el país, en una época en que la espoliación mas escandalosa, la venalidad y el cohecho eran vicios demasiado comunes en los maiandines y sus allegados. (*) Su esposa podía ser citada como un bello modelo entre las distinguidas matronas de la capital, por su espíritu caritativo, sus sentimientos religiosos y la severidad de sus costumbres cristianas. Aquella unión había sido larga y feliz; pero el cielo no la había bendecido con ningún fruto. D. Alonso de la Cerda y su esposa Da. Maria Gertrudis Pardo no tenían hijo alguno que heredase su nombre ni sus bienes, que eran cuantiosos. Y sin embargo, la esmerada educación que proporcionaban a la niña Da. Maria, y el vivo amor que la tenían, habría hecho creer, a quien no estuviese en

cierto precedentes, que aquella preciosa criatura era hija de ambos.

Acuéremos el misterio. Para ello, entremos una noche bajo aquel techo protector.

Infútil es hablar del estilo y gusto del meblage que se usaba entonces en las casas principales de Mérida. El araso absoluto de la Colonia en artes y manufacturas, la pobreza general del país, la total incomunicación con el extranjero, el exclusivo monopolio de la Madre patria, el poco estímulo que se le presentaba para frecuentar su trato con una provincia que ningún interés le ofrecía, y mil otras causas harto conocidas, ó que pueden bien conjeturarse, indemnizarán a nuestros intepasados de cuanto hoy sedice sobre la extravagancia y mezquindad de los asientos, mesas y colgaduras que decoraban las habitaciones de Mérida. Me parece que harto sabemos sobre el particular, para detenerme en inútiles descripciones, que podían acaso mortificar nuestro amor propio. Por que hoy conocemos el mármol, el alabastro, la losa de China, el cristal de Ica, las alfombras, y por último todo ese *assortiment de meubles* que nos envía la industria francesa y hemos alcanzado en estos tiempos gloriosos y de inmortal memoria, ni fué culpa de nuestros mayores ignorarlo, ni se ni y sé, hablando en plata, si habríamos ganado mucho, poco ó nada con semejante refinamiento. El hecho es que la sala de D. Alonso era un

na de las mas decentes de Mérida.

Era una noche calurosa del mes de mayo de 1660. La sala estaba alumbrada como de ordinario; es decir, había en un ángulo de ella un candil con mecha de pavilo perfectamente saturada de aceite de higuera; pero además, por vía de lujo, ardía en el altar una candela de cera amarilla colocada en una palmatoria de plata. Las altas y estrechas ventanas de basta y mal pulida madera estaban plenamente abiertas, para establecer la corriente del aire entre ellas y las puertas que caían al zaguan y al corredor. D. Alonso y su esposa, vestidos en traje casero y sentados en un rudo canapé a la testera de la sala, platicaban íntima y cordialmente sobre asuntos domésticos: la niña de la casa andaba por las piezas interiores; y la servidumbre se ocupaba con afán en los preparativos de la cena, de esa cena agradable y succulenta que las costumbres modernas, haciendo una ruina y sórdida innovación, contra la cual protestan todavía los buenos gastrónomos, han abolido ya, como abolieron también la costumbre patriarcal de comer a las doce del día, tomar un segundo chocolate a las tres de la tarde y merendar a puertitas del sol. Y entonces ¡oh tiempos venturosos y de grata recordación! no se ni y sé, presentaba ningún caso de apoplejía, pues las gentes, cuando mucho, se movían de un golpe de aire ó de un ataque de privación del cual no vol-

(*) Sirva de advertencia que la necesidad de conservar el interés de esta novela obliga a incurrir en uno ó otro ligero anacronismo; que es muy difícil evitar en las composiciones de este género.